

**MARÍA ZAMBRANO:  
DEL DESCENSO A LOS INFIERNOS  
A LA RAZÓN POÉTICA**

Greta Rivara Kamaji  
Universidad Nacional Autónoma de México

Una de las expresiones más significativas en la obra de la filósofa española María Zambrano es “el descenso a los infiernos”. Mas no es solamente una expresión, en muchos sentidos es una de las columnas que sostienen el pensamiento zambraniano. Por lo menos es posible señalar dos sentidos a este respecto: (1) el descenso a los íferos constituye la operación fundamental que realiza la razón-poética, una de las más significativas propuestas de Zambrano; y (2) el descenso a los infiernos es lo que permite a la filósofa realizar con mayor contundencia su crítica al racionalismo, crítica desde la cual habría de surgir precisamente la razón-poética, es decir, la propuesta zambraniana de racionalidad que consiste justamente en la razón que desciende a los íferos.

En este ensayo realizaremos una descripción de algunos de los elementos fundamentales del “descenso a los infiernos”, con el fin de ubicar la relación que tiene, como decíamos, con dos niveles fundamentales del *corpus* de la filosofía zambraniana: la crítica a la razón y el proyecto de la razón-poética.

De eco nietzscheano, de resonancias románticas, pero fundamentalmente de raigambre dionisiaco-órfico-pitagórico, el “descenso a los infiernos” define no sólo el trayecto y el recorrido que ha de realizar la razón-poética zambraniana, sino que también alude a la experiencia fundamental del ser, del ser del hombre que, además, remite a Zambrano a una de las más significativas categorías de alcance ontológico en su obra: la vida.

Para aclarar la idea del descenso nos referiremos a un texto que Zambrano titula “Un descenso a los infiernos” y que constituye un ensayo que escribió sobre *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz. Sin embargo, el comentario sobre Paz es un pretexto, puesto que a través de este comentario Zambrano designará a su filosofía justamente como un “descenso a los infiernos”. Al respecto de la génesis y de la publicación del texto citamos *in extenso* la nota que da inicio al volumen *Homenaje a María Zambrano* publicado en 1998 por El Colegio de México: “Al hilo de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, María Zambrano, en este texto que presentamos a continuación, traza todo un diagnóstico de la crisis que padece el hombre contemporáneo al alejarse progresivamente de ese terreno inexplorado que se abre tras el límite del pensamiento y del lenguaje, de esa realidad sagrada originaria —hoy olvidada y desterrada a la sombra, a los márgenes por la razón sistemática— que sólo puede ser rescatada de los ‘infiernos’ en los que habita por el decir poético, por ese ‘logos piadoso’ que no renuncia al trato con lo ‘otro’, con el misterio, con ese fondo oculto que subyace a toda Historia y que constituye el substrato último, ‘la raíz del hombre’. Este revelador escrito de la pensadora malagueña ha permanecido inédito hasta la fecha en el Archivo de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga, bajo la signatura M-300. En el original no consta ninguna fecha de redacción, pero, a tenor de la nota a pie de página que aparece en el texto donde la autora señala la edición que maneja de *El laberinto de la soledad* (F.C.E., 4ta edición, México, 1964), nos inclinamos a pensar que fue escrito alrededor de 1964, año en el que Zambrano traslada su residencia de Roma a La Piece. Dicho traslado tuvo lugar el 14 de septiembre de 1964. (Nota bibliográfica de Mercedes Gómez Blesa. Después de la redacción de esta nota, el ensayo de María Zambrano fue publicado en la revista *Vuelta*, México, núm. 224, julio de 1995.)”<sup>1</sup>

Con base en esta aclaración, podemos ahora puntualizar los aspectos más significativos del texto.

En primer lugar, el texto efectivamente parece ser una especie de diagnóstico del presente y de la vida contemporánea. En tal diagnóstico, en tal “sobrevuelo” sobre la actualidad, Zambrano sugiere observar una cri-

sis. Crisis que no es sino generada por el constante exilio de todo un terreno de la vida, aquel que precisamente alude a “los íferos del ser”. Terreno olvidado y abandonado por la razón racionalista.

Es necesario, dada esa crisis, para Zambrano voltear el rostro a este terreno, a esta dimensión y “rescatar” todo lo que yace oculto, abismática y oscuramente en esos infiernos, lejos de la mirada de la razón, del sistema y del concepto.

Exilio y marginación que exige acceder a la razón, que exige ser pensado y nombrado, que exige realidad, pues ya la tiene aun cuando sea negado, aun cuando sea ignorado, aun cuando no sea reconocido.

Desenterrar y rescatar esa realidad para nombrada y descubrirla es labor de la razón, pero no de aquella razón que justamente dejó en la oscuridad, tras la claridad de su proceder, a roda aquello no definible ni capturable por el concepto, sino de otra razón, aquella que Zambrano construye y que nombra razón-poética, llamada también razón piadosa (no olvidemos que para Zambrano piedad quiere decir “saber tratar adecuadamente con lo otro”).

Esta racionalidad es capaz de tratar con eso “otro” de la razón iluminista y sus sistemas de conceptos y categorías. Y lo otro, lo gran otro para Zambrano es nombrado como “misterio”, como la raíz indestructible, oscura, abismal, del ser y del ser del hombre, la raíz “dionisiaca” podríamos decir, de la vida misma, de toda vida, de todo evento, de todo suceder, de todo acaecer.

Olvidado, pero no desaparecido, no borrado, pues su realidad es ontológica, es a pesar de que la razón no ha querido que sea, pues escapa a sus límites, escapa al horizonte de lo explicable y definible, pero sólo es inexplicable según los términos que la razón se ha fijado para explicar las cosas. Cabe aclarar que Zambrano no se refiere de ninguna manera a un género de seres o de realidad “misteriosa”, no explicable, sobrenatural o nada por el estilo, por el contrario se refiere al ser, al ser del hombre pero en su aspecto y dimensión que ha escapado al concepto y a los límites fijados por la razón.

Veamos entonces los distintos momentos que sintetizan, desde esta perspectiva, el proyecto zambraniano: 1) el diagnóstico del presente; 2)

el presente como crisis; 3) esa crisis es la consecuencia de algo; 4) de una relación con el mundo estructurada en los términos de la razón instrumental (lo cual deriva en María Zambrano en una crítica a la razón); 5) tal cosa ha dejado de lado toda una dimensión de la vida, “los íferos del ser”; 6) tal realidad debe ser rescatada, pues muy a pesar del concepto y la razón “es”; es fundamento y condición anta lógica de posibilidad del aparecer del ser; 7) para rescatar esta realidad es necesaria otra racionalidad, otro proceder de la razón, una “otra” razón; 8) una que pueda acceder a esos íferos, que pueda fundamentalmente “descender” a ellos; 9) tal razón es la razón-poética; 10) hay una crítica a la razón tradicional y un diálogo con la tradición. En efecto, si pudiéramos esquematizar y enumerar de manera breve el horizonte del pensamiento de Zambrano, el recorrido que tendríamos que hacer —aunque no deja de ser reduccionista, pero expresa lo sustancial, al menos en el punto de partida— comprende más o menos los diez puntos mencionados arriba.

María Zambrano inicia su texto de la siguiente manera: “Un signo inequívoco de que estamos en el umbral de una nueva época, quizá de un nuevo mundo, es la necesidad y aun las parciales realizaciones de ese viaje que el hombre se ha visto siempre precisado a cumplir: el descenso a los infiernos, a sus propios infiernos. Infierno de la propia alma individual, infierno de la Historia poblada de ellos. Pues la historia, integrada por los pueblos e ideas victoriosos, condena a los otros, los vencidos, a quedar enterrados vivos, viviendo, sin más espacio para su alma, sin la luz adecuada. Todo lo que vence humanamente parece estar condenado a condenar y, al fin, a condenarse”.<sup>2</sup>

Esto comprende el proceso que describimos líneas arriba. En este tenor, una de las preocupaciones zambranianas fundamentales radica en intentar rescatar aquellos saberes oscurecidos o marginados por los saberes que ella misma llama “triunfantes”. Preocupación de rescatar, recuperar y resignificar tradiciones un tanto disidentes, un tanto olvidadas, un tanto echadas de lado y que sin embargo han sobrevivido de alguna manera o tal vez de una manera prudente; y que un tanto a hurtadillas se han integrado a los saberes oficiales: tradiciones herméticas, místicas, gnósticas, que han sobrevivido al oscurecimiento que el racionalismo ha echado

sobre ellas. No en vano menciona Zambrano constantemente la herencia órfico-pitagórica de su pensamiento, tradición que ella considera quedó vencida por la filosofía, su método y su sistema a partir de lo que ella misma llama la condenación aristotélica de los pitagóricos; pero, como decíamos y como anota Zambrano en *Hacia un saber sobre el alma*, estos saberes de alguna manera se han conservado en forma de brasas que se encienden soplando en los saberes que los habían apartado, tal fue el caso de los pitagóricos y en general para Zambrano de todas las tradiciones de orden gnóstico y místico.

Ese también fue el caso de la poesía con respecto a la filosofía. Para Zambrano, el sistema filosófico vino a desplazar el nacimiento poético de la misma filosofía, quedando ésta del lado de la claridad y la razón, mientras que conminó a la poesía a ser un saber de las tinieblas y del delirio, lejos del sistema, del método y por ende, lejos también, muy lejos de la cristalina claridad que buscaba la filosofía. En este sentido “descenso” a los infiernos implica también un viaje, un reencuentro con esos saberes dejados justamente del lado de los ínfimos, del lado de la oscuridad.

Viajar por lo condenado a los abismos y al exilio, descender en la condena misma, en sus motivaciones y en sus fundamentos, en su devenir, y tal vez, lo más importante, en rastrear esos azares, esas discordias a partir de las cuales unos saberes terminan condenando a otros, condenándose los primeros a sí mismos a andar a solas —sin diálogo— sin reconocer del todo aquello que también han necesitado para ser; tales son algunos de los propósitos de la razón-poética.

Es necesario para Zambrano descender al orden de las justificaciones, de las razones justificadoras del que vence y las razones liberadoras del vencido. En este sentido, Zambrano escribe que “no es un azar que la cultura de occidente venga desde hace tiempo justificándose y padezca la obsesión de la legitimidad. Legitimarse es la tarea de los que han ganado la batalla de una época. Pero no basta; lo de momento vencido clama, que clamar es la fatiga de todo enterrado vivo, y toda realidad condenada se levanta un día por esa maravillosa voz libertadora poética y aun razonadora”.<sup>3</sup>

Es importante mencionar que Zambrano no sólo se refiere con esto a que lo que ha quedado oculto, oscurecido y desconocido son únicamente saberes, o formas de entender y relacionarse con la realidad; como hemos mencionado más arriba, fundamentalmente se refiere Zambrano a zonas, a dimensiones del ser del hombre y del ser de la vida misma que de igual manera han quedado oscurecidas. Quién sino Nietzsche —observa Zambrano— ha denunciado tal cosa con una de las más radicales y profundas críticas al pensamiento occidental que se han dado; quién sino Nietzsche pretendió recordarnos que el cuerpo, el instinto, el no-ser, el devenir, la tierra son y son aun cuando no se les haya reconocido en su ser. Quién sino Nietzsche fue uno de los primeros en realizar ese descenso por aquellas zonas de delirio vistas desde el orden imperante, desde la moral imperante, desde la razón imperante. Quién sino Nietzsche representa y simboliza ese clamor de lo condenado al que alude Zambrano, ese gemido de lo que oculto clama por ser, manifestarse y aparecer. Quién sino Nietzsche intentó recuperar del ser del hombre, de la vida, todo aquello que según él había sido negado por una moral hostil a la vida, por la tradición metafísica misma y su reinado del concepto, la razón y el sistema.

Junto con Nietzsche no debemos dejar de pensar en Freud, quien también descendió al orden del instinto, del caos, del delirio, de eso que Nietzsche llamó lo dionisiaco<sup>4</sup> y que convirtió en fundamento último de la vida; es aquello que no es exclusivamente conciencia, deliberación racional, etc. Quién sino ellos viajaron por el fundamento oscuro de la vida cuestionando el fundamento luminoso de la razón explicativa.

Es entonces en el orden del ser del hombre en donde a Zambrano le interesa de manera muy significativa este descenso a los infiernos como labor de una racionalidad, de un *logos* “bien repartido por todas las entrañas”, de un *logos poietikos* que no teme al delirio y al abismo, que no busca subsumirlo bajo el concepto y la explicación sino dar cuenta de su ser y de su aparecer; un *logos* creador, pero aquí creador quiere decir que se interna en aquellas zonas, en aquellos recovecos del ser, en aquellos rincones olvidados pero no por ello menos reales.

Cuando Nietzsche afirmó radicalmente que somos instinto, que somos cuerpo y no solamente razón, sistema, concepto y explicación, daba nombre a esos espacios e intentaba buscar en ellos el ser mismo de lo que Nietzsche llamó vida.

Es en este sentido en el que podemos afirmar que a lo largo del pensamiento de María Zambrano corre un profundo ímpetu y un sonoro eco nietzscheano.

Zambrano intenta decir que la filosofía debe acercarse a esas zonas que la filosofía misma había dejado para otros saberes de menor orden en la explicación racional del mundo, ejemplo de ello es como la filosofía arrojó a la poesía y en general a todas aquellas expresiones de ella misma —de la filosofía— que parecían alejarse de su cristalina y aséptica labor. Así, afirma Zambrano que “la filosofía ha ido dejando a la poesía esa función redentora de lo que gime condenado. No fue así siempre. En el momento actual tenemos todos esos intentos de vitalismos y existencialismos, que claman por una amplia, totalizadora razón vital que dé cuenta de todo lo que quedó apresado por la legitimidad victoriosa o de los victoriosos.

“Desde el Romanticismo se han ido verificando diversos descensos a los infiernos; infiernos del alma asfixiada, de lo no dicho, de lo imposible de expresar, de la blasfemia misma. ¿Qué se oculta en la blasfemia? ¿Qué en el sacrilegio? ¿Quién tiene en definitiva la culpa? ¿Y esa defensa del culpable que tiende a generar el ámbito de toda razón justificante, pues, al fin, el condenado nos condena, o nos condenamos por él? En todo caso una visita a los infiernos parece obligada; una larga, lúcida visita a todos sus laberintos infernales, donde el bien y el mal presentan otras caras, y todo parece intercambiable; donde las definiciones racionales y establecidas pierden su vigencia; donde todo lo que se sabe se olvida, porque lo olvidado vuelve y se presenta en una memoria continua, sin principio ni fin; sin punto de referencia”.<sup>5</sup> Nietzsche, Freud, los románticos, Nerval, Hölderlin, Jean Paul, Novalis, pero con ellos también el delirio órfico, Dionisos, Démeter, Perséfone.

Todo ese universo es el que orbita el pensamiento zambrano y su propuesta de una razón que descienda por esos íferos, una razón que

cuando Zambrano le llama musical no alude sino a la lira con la que Orfeo desciende a los infiernos, una razón que cuando Zambrano le llama piadosa no alude sino a la astucia de Dionisos de saber ser y tratar con lo otro y volverse lo otro, donde los contrarios se confunden, se mezclan, donde lo establecido se invierte, se cuestiona, entra en crisis.

Un mirar, el de la razón-poética, que ensaya el atrevimiento. Un atreverse a mirar a la Gorgona de frente sin suavizar su aterradora faz; el atreverse a morder la cabeza de la serpiente como el pastor del Zaratustra de Nietzsche;<sup>6</sup> atreverse a no descansar en la búsqueda aunque implique el viaje simbólico por los íferos como Démeter en la búsqueda de Perséfone, como Dionisos mismo.

¿Por qué Occidente —se pregunta Zambrano— olvidó tan pronto esta herencia? ¿Por qué Dionisos quedó vencido por los dioses que no descienden, que no enloquecen? ¿Por qué Occidente ha temido tanto a ese delirio, a esa locura, a ese no-ser que tiembla bajo todo lo que es? ¿Cuáles son esos infiernos del alma asfixiada que nombra Zambrano? ¿Qué es lo no dicho y lo casi imposible de expresar? ¿En qué términos y desde qué horizonte es no dicho e imposible de nombrar, de expresar? ¿Por qué ello aparece, como lo escribe Zambrano, como blasfemia? ¿Qué se oculta detrás de ello para que aparezca entonces como blasfemia, como herejía? ¿Por qué constituye en última instancia un sacrilegio ese viaje, ese descenso? ¿Por qué dice Zambrano que ese descenso ha de ser “lúcido” y “necesario”? ¿Qué hay detrás de todas las justificaciones de los filósofos racionalistas para no realizar ese viaje además de aquellas que se erigen desconociendo el valor epistémico, sistemático de aquellas zonas y que por tanto son indignas a la razón y a su sistema? ¿Qué late en el fondo de tal negación, de tal necesidad de justificar el hecho de que se ha arrojado algo al abismo, y se le ha olvidado? Zambrano lo dice claramente en la cita que escribimos líneas arriba. Entre otras cosas, el miedo radica en la pérdida de la estabilidad, de la claridad y seguridad de las explicaciones del mundo que dan sostén al devenir. Miedo de ver cimbrarse los logros obtenidos al definir y conceptuar algo, miedo a que “el bien y el mal cambien y presenten otras caras”, miedo a que se desmorone el vasto edificio de garantías y seguridades que la razón construye para poder res-

pirar tranquilamente o al menos sin asfixia, sin sobresalto, miedo de adentrarse ahí donde “las definiciones racionales y establecidas pierden su vigencia, donde lo que se sabe se olvida”, miedo, en fin, a quedarnos “sin punto de referencia”, solos frente a la temporalidad y la finitud del ser.

Zambrano ilustra lo anterior con el texto de Paz El *laberinto de la soledad*, el cual, según ella, bien puede representar los afanes de una razón piadosa, de una razón que desciende.

En ese sentido, Zambrano afirma: “Viaje como un sueño lúcido es el que el poeta Octavio Paz nos lleva a realizar a través de su libro *El laberinto de la soledad*. Tiene del sueño ese contacto íntimo con la realidad, del que se sale al despertar y que, aunque se trate de una realidad pavorosa, nos produce la impresión de haber abandonado el hueco exacto de nuestro ser, donde reside la verdad de nuestra vida: el lugar de nuestro infierno, que es el mismo de nuestro paraíso. Llevado a la vigilia, sin que se esfume ni se debilite su palpitación; haced o visible, sin que pierda su oscura vida, es acción que sólo la poesía que sea al par pensamiento, puede realizar. Filosofía y poesía en íntima unidad nos ofrece este libro de un poeta cuya poesía ha estado siempre traspasada de pensamiento. *Raíz del hombre* es, en realidad, el título de todos sus poemas: la búsqueda, la persecución de lo humano”.<sup>7</sup>

Dicho esto, Zambrano afirma que justamente la pregunta por lo humano en el radicalismo racionalista que caracteriza la filosofía moderna ha estado condenada, de una u otra manera, por definiciones previas, o al menos por una aceptación previa de lo humano —normalmente suscrita a la razón discursiva—, por un saber antes de saber.

Esto implica, para Zambrano, por parte de la actitud racionalista y fundamentalmente idealista un dar por hecho, un dar por supuesto lo que se iba a buscar, por lo que se iba a preguntar y, añade Zambrano, lo que es más grave, se da también por sentado el horizonte que encierra lo que se iba a buscar.

Pero esto no es para nuestra autora un proceso unívoco y escribe al respecto que “mas, por otra parte, la soledad, la profunda soledad en que el hombre se ha ido quedando a partir del renacimiento, ha hecho necesari-

rio el encuentro del hombre consigo mismo. Y así, la época moderna podría quedar definida por esta persecución que cada vez de modo más encarnizado realiza el hombre frente al hombre. Persecución que se inicia en el ámbito del conocer y que ha desembocado en la acción, hasta culminar en esa pasión persecutoria que ocupa casi por completo el escenario de nuestra época. No es necesario hoy ningún agente que dirija este infierno creado por el hombre en su angustiada persecución de sí mismo, para tenerse al fin entre sus manos, para saber quién es, sin intermediario de idea, ni de imagen alguna. De allí que el *a priori* del pensamiento haya sido abandonado por la Filosofía misma que hoy pretende no partir de supuesto alguno, sino de la radical angustia del ser humano en la soledad. Mas tal tarea, urgente cuando es urgente que la persecución inacabable cese, ha de ser aventura en las más íntimas capas del ser, acercamiento oscuro, poético, a la raíz del hombre”.<sup>8</sup>

Como podemos observar, por un lado, Zambrano reitera su crítica al “saber de lo humano”, a la “pregunta por lo humano” que se hace en la modernidad, pero resalta, por otro lado, que tal saber deja justamente al hombre en desamparo más que nunca porque, como mencionábamos, considera que no nos estamos preguntando realmente por el hombre si de antemano ya tenemos de él definiciones, y mucho menos si estas definiciones previas cuyos horizontes de sentido también están previamente contruidos y formulados, implican además el definir al hombre no por su ser, sino desde categorías que se le aplican desde fuera, es decir, por la operatividad y el dominio de su racionalidad.

Uno de los resultados de esta experiencia se traduce entonces, para Zambrano, de manera más o menos obvia, en las críticas a la razón, empezando, como ya hemos visto, con Nietzsche.

Al respecto son especialmente significativas las palabras de Zambrano al puntualizar que las críticas a la actitud racionalista implican establecer un nuevo punto de partida en lo referente a la pregunta por el hombre: en primer lugar, que ésta ha de ser una pregunta no en el nivel de lo que el hombre hace o piensa o de sus características ónticas, sino que ha de ser la pregunta por el ser del hombre, preguntarse por el hombre en su ser, y ello implica también partir de una radical ausencia no sólo de supuestos

previos —y mucho menos los racionalistas—, sino de una radical ausencia de fundamentos; la pregunta por el ser del hombre parte de ello y no de ninguna “esencia” o “sustancia” previa que la sostenga y a partir de la cual se construya una definición positiva, sea ésta de la índole que sea.

Por ello dice, en clara alusión a Heidegger, que es necesario partir de la pregunta por el hombre en la radical angustia en la que éste es y se da; es decir, en la ausencia de fundamento.

Una vez indicado este punto de partida, Zambrano vuelve a enunciar con ello algo que, como hemos visto, implica ya lo más significativo de su proyecto: preguntar por el ser del hombre desde otro horizonte de la racionalidad: “oscuro y poético” escribe en las líneas que estamos comentando, con lo cual afirma que esta otra actitud, que este otro acercamiento en forma de pregunta por el ser es, en última instancia, este llamado “descenso a los infiernos”, y el cual se realiza desde una racionalidad que como “descendente” puede ser por ello una razón-poética; sin supuestos previos,<sup>9</sup> atendida únicamente y en primer lugar al aparecer del ser por el que se está preguntando la pregunta. Pregunta que por otro lado, debemos recordar, no es inédita para Zambrano; la Grecia que vio nacer la filosofía vio nacer también esta pregunta, pero no sólo ahí en la filosofía quedó establecida, sino también en otros saberes, tal es el caso de la poesía. Pero debemos resaltar que a Zambrano le interesa fundamentalmente señalar que es la filosofía hoy en sus posibilidades la que puede y debe “reformular la razón” y acercarse desde esta reforma a la pregunta por el ser del hombre. Por ello, como hemos anotado ya, Zambrano alude a que el punto de partida de esta otra posibilidad de la racionalidad, por medio de la razón-poética, implica primero lo que ella llama “la reforma del entendimiento” en *Los intelectuales en el drama de España* y en otros textos posteriores, y éste sería el resultado obtenido por lo menos como punto de partida, frente a lo que ella también llama “los excesos del racionalismo”.

Zambrano ve en la poesía —y aquí el pretexto es la poesía de Paz— esta nueva actitud, esta posibilidad de “reforma del entendimiento” que, en otros lugares de su obra, señala que se ha dado en la poesía castellana y resalta fundamentalmente dos figuras que a este respecto le son com-

pletamente significativas, junto con Paz: Emilio Prados y Luis Cernuda. Asume Zambrano que “con la obra de los dos, más estrechamente con la de Cernuda, la del mexicano Octavio Paz tiene un íntimo parentesco que le adviene no de las llamadas ‘influencias’, sino de estar situada ante la misma realidad: la realidad del hombre no definida, antes de haber sido sometido a la manipulación del pensamiento o a cualquier abstracta reducción de la mente”.<sup>10</sup> Puntualiza enseguida sobre este último aspecto, el de la no reducción del concepto y de la no abstracción del hombre, de su ser y de su realidad: “la sorpresa de encontrarnos ante un libro que es *Filosofía y Poesía* en unidad tan íntima como *El laberinto de la soledad*, proviene del asombro, sin duda alguna de extrañeza, que se siente ante algo logrado. Sorprende, pero no extraña. El pensamiento apetecido tenía al fin que aparecer, como lo ha hecho, sin desprenderse de la actitud que lo originó, de la misma actitud *Raíz del hombre*: ir al encuentro de lo humano, sin determinar previamente su contenido, ni el horizonte en que aparece”.<sup>11</sup> Podríamos decir que tal parece que Zambrano no reduce la actitud de la operación fenomenológica fundamental al discurso filosófico, ella lo observa, por lo menos en cuanto a actitud y punto de partida en algunos momentos del pensamiento poético, en este caso en el análisis que hace de Octavio Paz.

Sin embargo, reparemos en el hecho de que Zambrano —a pesar de lo que ve en Paz y en su actitud— no está privilegiando a la poesía o al pensamiento poético como el discurso que puede o debe realizar la reforma del entendimiento que ha planteado como fundamental para la racionalidad poética, sino que los mira como momentos poéticos del pensamiento, como resistencias al racionalismo que desde la perspectiva de la filosofía, pueden ser altamente significativas. Por otro lado, Zambrano quiere aludir con ello a que, efectivamente, esa “reforma del entendimiento” tampoco es algo inédito o algo que ella pretenda inaugurar, puesto que lo reconoce en Nietzsche e incluso en algunos pensadores racionalistas. En ese sentido, afirma que en otros órdenes del saber —que, por cierto, ella considera desdeñados por la filosofía— tal reforma, tal reformulación de la pregunta por el hombre en términos de la pregunta por su ser ha sido ya formulada, tal vez sin intención.

En ese sentido, la autora se pregunta por la clase de discurso del que se trata la reflexión de Paz; se pregunta Zambrano si se trata de un texto de filosofía o de poesía. Afirma que tal cuestionamiento se realiza siempre que se da un viaje a los infiernos, y supone que tal vez incluso en el más ilustre relato de esta índole hay teología y no puede dejar de haberla cuando se trata de un descenso, cuando se trata de abismarse en la oscuridad misma; en el pensar y las condiciones de posibilidad de todo aparecer.<sup>12</sup> Sin embargo, en última instancia lo que le interesa a Zambrano es afirmar que su propuesta de racionalidad no pretende reformular la escisión entre filosofía y poesía, pero tampoco unir las indiferenciadamente en una simple simbiosis o en un híbrido. Escribe que “un viaje a los infiernos ha de ser cumplido por la piedad y la razón unidas, pues sólo a esa unidad indiscernible se entreabren las profundidades infernales. La razón sola se detiene en el límite de lo razonable: su propia sombra”. Es cosa olvidada que el horizonte, el lugar por donde la razón puede dejar caer su luz, no está dado por ella, sino en esos límites, isla de lo racional rodeada de irracionalidad. Abandonar la seguridad que se goza en esa isla dócil a la evidencia es obra de la piedad, que no es simple compasión (piedad en el más moderno de sus sentidos), sino la sabiduría de saber tratar con ‘lo otro’, con lo heterogéneo. Con ‘lo otro’ de la razón y que no por ello deja de constituir lo real. Y así, la piedad, como el amor, hace a la razón trascendente, ser trascendente: entrar en realidad. Sólo las nupcias de la razón y la realidad producen el conocimiento. En las profundidades de la vida, la realidad no revelada o condenada impone su ley con más fuerza, pues es mayor su resistencia y aun, podría decirse, su rencor. Sólo esa diplomacia de la piedad se hace accesible. No ante una razón sin más; los infiernos se abren de manera tal que quien entra pueda salir, sin quedar su prisionero.

“Al decir infierno, usamos un nombre, damos un nombre, aquí a lo sagrado. Porque es de lo sagrado, en toda la plenitud del término, de lo que la poesía pensamiento de Octavio Paz nos revela el secreto laberinto. Y así encontramos que es poesía, poética, la acción; filosófico el hallazgo. En ciertas situaciones, para que el pensamiento se realice hace falta

una actitud poética más que filosófica. Descender a los infiernos exige una inteligencia en estado de gracia”.<sup>13</sup>

Es necesario detenerse en las palabras de Zambrano, ya que en ellas vemos, como dijimos, con el pretexto de reflexionar sobre el texto de Paz, la enunciación misma de la propuesta zambraniana de razón-poética. Enuncia el tema “filosofía y poesía” al preguntarse de qué clase de texto se trata el texto de Paz.

Con ello, no debemos olvidar, que enuncia uno de los grandes temas que trabaja en su pensamiento, que, como hemos visto, no es un tema que Zambrano trabaja exclusivamente en el libro *Filosofía y poesía*, sino justamente tal planteamiento se presenta a lo largo de todo su pensar.

A este respecto, recordemos que Zambrano resignifica la noción de poesía que está utilizando, sobre todo al referirla a la razón-poética. Zambrano no entiende la poesía exclusivamente desde el punto de vista literario, sino en su sentido ontológico como *poiesis*, de tal manera que sólo desde esta perspectiva se puede entender el motivo por el que Zambrano trabajó constantemente las relaciones entre filosofía y poesía (incluso a lo largo de la historia misma de la filosofía) y de ahí que podemos entender que en la propuesta zambraniana no se trata de construir un pensamiento híbrido, mezcla de filosofía y poesía, no se trata de hacer una filosofía escrita poéticamente, sino fundamentalmente de una razón creadora, como ella le llama.

Además, recordemos que al trabajar las relaciones entre filosofía y poesía, lo que Zambrano busca de una manera muy puntual es analizar, reflexionar y criticar las nociones que la filosofía, al haberse ido apartando de la poesía, ha tenido de la poesía misma, reduciendo en muchos casos con ello, tanto la noción y alcances de la filosofía misma, como de la poesía. Entonces trabajar tal problemática le permite hacer una revisión crítica de esta historia, sobre todo desde la perspectiva del racionalismo, en donde filosofía y poesía parecen excluirse mutuamente, y no sólo eso, sino en donde parece que además de la exclusión ha habido por parte de la filosofía un cierto desprecio por la poesía, tanto que ha “arrojado” del lado de la poesía todo aquello que consideraba “indigno” de ser trabajado o pensado por la razón.

Entonces, lo que Zambrano cuestiona es no solamente esos límites que el pensar discursivo-filosófico se ha autoimpuesto para delimitar su territorio y el orden de su acción y de sus fenómenos, sino que se pregunta y cuestiona sobre la propia validez de esos mismos límites preguntándose, finalmente, si ellos no han terminado por reducir el acceso mismo de la filosofía a todo un orden del saber que hoy podría trabajar y que de hecho ha trabajado, pero tal vez siempre de manera o bien sumisa, velada o bien marginal, siendo juzgada por otras filosofías no como filosofía, sino justamente como poesía, reduciendo, insiste en ello Zambrano, la noción misma de filosofía y por supuesto, con ello, los alcances de ambas. Es entonces desde esta perspectiva que Zambrano afirma y lo hace a lo largo de todo su pensamiento, a manera de propuesta, que “un viaje a los infiernos ha de ser cumplido por la piedad y la razón”, es decir, por una razón piadosa.

Recordemos que Zambrano evoca a la razón-poética de distintas maneras, que la dice de modos diversos, razón creadora, misericordiosa, piadosa. Con estos adjetivos no quiere decir sino poética, creadora. Cuando escribe “razón piadosa” recordemos que Zambrano tiene una muy singular noción de piedad que formula explícitamente en *El hombre y lo divino*, pero en resumen, recordemos que piedad en la concepción zambranianiana quiere decir fundamentalmente un saber tratar con “lo otro”, en este caso es un saber tratar con lo que la razón ha llamado otro, con aquello que, como decíamos, había aludido con tal expresión.

Puntualiza además que eso que ella llama íferos y que es “lo otro” de la filosofía, eso otro que el racionalismo no consideró en sus límites, en sus lineamientos y horizontes es precisamente lo que desde la perspectiva de esa misma razón racionalista se llamó irracional, eso que como menciona Zambrano es cosa olvidada por la razón, pues ésta sólo se detiene en los límites de lo que considera justamente “razonable”. Ello, dice Zambrano, no es sino su propia sombra, que quiera o no le pertenece también, es su propia sombra, porque ella le ha dado la espalda y la ha convertido en “otro”, en su “otro”, pero como sombra permanece ahí. Aunque escondida a la luz de la razón permanece, no por ello, por oculta, no existe o desaparece. Es en este sentido que no se trata para Zambrano,

con esa sombra, con esos íferos, de un “nuevo orden del saber”, sino de aquello que la filosofía, al convertirse en razón pura fue dejando tras de sí, fue apartando a otros lugares, “el lugar —escribe Zambrano— por donde la razón puede dejar caer su luz”, pero que sin embargo no incluye, sino que constituye esos límites, “isla de lo racional rodeada de irracionalidad”, Lugar creado, de esta manera, por la misma filosofía con el objeto de mantenerse en la seguridad de la razón, del concepto, del discurso y de la lógica. Seguridad que, no obstante, como decíamos, no cancela el orden mismo de lo real del cual se aparta y al que sin embargo pertenece todo aquello dejado del lado de los “íferos”, Por ello la piedad es también recordatorio de que esos límites pueden moverse, de que lo no visto puede ser visto, de que lo no reconocido no deja de ser realidad y más aún, de que siempre amenaza con convertirse en objeto de filosofía porque, como asume Zambrano, finalmente podríamos decir que “la realidad no revelada o condenada impone su ley con más fuerza, pues es mayor su resistencia y aun podría decirse, su rencor”, y sólo esa “diplomacia” de la piedad puede hacerla accesible. Esto es lo que Zambrano busca en esa realidad no revelada, que sea precisamente accesible a la filosofía, aún cuando no lo quiera o le tema a todo ese orden, por ello es necesario recrear o recuperar un orden de la razón que vuelque su rostro a ese orden aterrador para el racionalismo extremo, de ahí entonces la propuesta de una razón creadora, poética. Es la razón encargándose, responsabilizándose de aquello que había convertido precisamente en su sombra, precisamente en su “otro”, negándose con ello a entrar sin más en la realidad y habiéndose con ello refugiado en la seguridad del concepto: la razón sola con su conciencia.

Se trata entonces de la razón trabajando su sombra y su otro, no porque de hecho lo sea, no porque de hecho eso “otro” sea “la irracionalidad”, sino porque la razón misma le había dado esos lugares y esos nombres. Como razón-poética la razón puede liberar, con su misma actitud, y hacerse cargo de eso que ella misma construyó como su otro, pero advirtiéndole que sólo han sido “otro” y “sombra” porque ella lo había juzgado así al delimitar su propio terreno y al conferir el horizonte de su propia acción convirtiendo en “otro” a todo aquello que no dejaba existir en ese

horizonte, en este terreno y en esos límites. “El pensamiento guiado por la piedad ha de forjar sus categorías en una forma poética. ¿Existen, acaso, categorías poéticas, que serían, a diferencia de las de la razón, categorías de la vida viviente?”.<sup>14</sup>

¿De qué categorías se trata entonces, si, como menciona Zambrano, no se trata ya de aquellas que tienen sentido en el mundo de los efectos y las causas, en el horizonte del principio de no contradicción? ¿Cómo podemos abrirnos y abandonar la radical desconfianza frente a una realidad a la cual aparentemente no se le puede dar una acogida, sin someterla, ni reducida de nuevo a concepto? ¿Cómo acceder a un orden que ya de por sí es precisamente resistencia, la resistencia de lo no desvelado, de lo no manifiesto?

Estar cerrado es resistir, escribe Zambrano, la apertura es siempre una herida. Eso es lo que hace una razón que desciende, imprime una herida, pero lo hace sólo para abrir lo que está oculto y cerrado.

¿Qué emerge de esa herida? Las “categorías de la vida”, las “formas íntimas de la vida”, en última instancia, aquello que llama “entrañas” y que como eco, sugieren todas esas zonas que la razón-poética se dispone a tratar: la finitud, la contradicción, el sentir, el instinto, etc.

Así, escribe Zambrano, “son las llamadas ‘entrañas’ las que no pueden abrirse sin quedar heridas y, al quedar al descubierto, afrontadas, las entrañas son aquello que no puede abismarse, al menos directamente [...]. Para que las entrañas se abran sin ofensa es necesaria una cierta relación con la luz”.<sup>15</sup> ¿Por qué dice Zambrano que para que las entrañas se abran es necesaria una cierta relación con la luz?

Quiere decir que la razón es necesaria para esta tarea. Es importante señalar que no hay en Zambrano una renuncia a la razón; por el contrario, lo que hay es una transformación Y con ello un rescate; esto implica que la razón que va a descender necesita “dignificar”, es decir, dar estatuto de cognoscible, de posibilidad de desocultamiento y develación a aquello que va a encontrar y a descubrir en los ínfimos. Es decir, que aún cuando descienda no puede hacerlo desde la actitud y perspectiva única del racionalismo (ello implicaría darle un trato a este terreno desde la misma razón limitante y exclusivista), por ello debe ir con actitud de “luz”, por

utilizar la propia metáfora de la razón, con la actitud que ha de abrirse, que ha de abrir posibilidades, que ha de dejarse sorprender sin llegar necesariamente cargada de un aparato conceptual al cual ceñir lo que se ha de ir encontrando, al cual adaptar y capturar aquello que se le va develando, sino por el contrario, dejarlo ser sin la coacción de la prefiguración conceptual, dejarlo ser como otro y diferente sin restar la posibilidad de poderlo describir y teorizar, sin restarle un estatuto de conocimiento, es decir, se trata de poder elevarlo a la posibilidad de ser pensado. Es necesario con ello, afirma Zambrano, dejar que el ser de aquellas entrañas se devele, pero dejarlo ser con “equidad y justicia”, es decir, no permitirle existir desde la sombra de la razón, sino como algo digno de *theoria*, digno de ser historia, de devenir al par que todo lo demás, de dejarle nacer y ser historia porque, escribe Zambrano, “[...] nacer es estar comprometido con el juego de la historia [ciertamente, el que hacer humano es la historia y no es posible vivir humanamente sin hacerla y padecerla]”.<sup>16</sup>

La razón ha de poder pensar contra sí misma, porque ya lo ha hecho, es por esto que Zambrano acude a la razón. Esa razón es la que puede tornarse poética y mostrar el carácter histórico de todo aquello que la razón racionalista había sacado de la historia y dejado del lado de las oscuras entrañas, de las historias sin historia. Es también en este sentido que uno de los puntos de partida de la razón-poética, en los momentos de su gestación en el pensamiento de Zambrano, fue puntualizar su carácter histórico, vital, con el claro eco de la exigencia orteguiana a la razón y para la razón.

Así, Zambrano escribe: “En el laberinto de la historia lo que gime apasionado parecen ser esas entrañas que sólo por mediación del alma pueden afrontar la luz”.<sup>17</sup> El descenso es también “saber del alma”. Nótese que para Zambrano el alma es una metáfora rectora con la cual alude a lo poético, al carácter fundamentalmente creador del ser del hombre que no se reduce a razón teoretizante y discursiva. En este sentido, la crítica que Zambrano está realizando implica decir que “La cultura victoriosa de Occidente abandonó hace tiempo el alma y en ella —lo que quizá no soñó— ese mundo oscuro, hermético, que no puede abrirse directamente, porque toda apertura resulta una herida y una afrenta. Vivir desde la

conciencia ha sido y es aún la exigencia de la vida occidental, de la razón triunfante. Mas hemos llegado al punto en que la conciencia y la razón se ven obligadas a corregirse a sí mismas. La confianza que nace de la desconfianza desconfía de sí misma y la Razón examina la propia estructura. Los mundos sumergidos aparecen. Para la cultura desalmada de Occidente ha llegado el momento inevitable de rendir cuentas, aunque no se sepa a quién, aunque crea hacerlo sólo ante las propias exigencias de su mente o simplemente forzada por la necesidad de salir del laberinto histórico".<sup>18</sup>

Sólo una razón que desconfía de sí misma otorga historia a lo que gime oculto bajo ella, otorga confianza a lo que puede ser desvelado para salir de su estado de "tras bambalinas" de la historia, de eso que Zambrano a propósito del texto de Paz llama "laberinto de la historia".

Es el Momento en que la razón y la conciencia se ven obligadas a desconfiar de sí mismas, a entrar en crisis, a reparar en su propio devenir, a rendir cuentas. Es el momento de la razón-poética.

Con ello no quiere decir Zambrano que este es el único momento en el que tal cosa puede suceder, ello, afirma, ha sucedido numerosas veces, diversas crisis de la razón se han generado en Occidente, con el mismo Descartes que ya desconfió para luego confiar absolutamente, con el mismo Nietzsche, al inaugurar no sólo una crisis en la razón, sino en la verdad, en la conciencia, en el hombre; sólo que Nietzsche no volvió a caer en la fe ciega, ello es lo que busca la razón-poética, pero con ello, como vemos, no deja de reconocerse en su propia historia de crisis y cuestionamientos, de poder pensar contra sí misma, de reconocerse siempre otra y transformarse.

Por ello hemos insistido en que Zambrano no renuncia a esta razón, ya que ve en ella las posibilidades de abrirse siempre, de cuestionarse a sí misma y a dar lugar a que emerjan otras dimensiones de ella; justo por ello no deja de integrar y rescatar a la razón, para explicitar su momento poético, creador y conformada en razón-poética.

Zambrano ve en Paz un ejemplo de esto: "El laberinto al que nos introduce Octavio Paz en su libro nos parece así un verdadero laberinto, un lugar secreto, sagrado. Todo eso que gime y palpita en el interior del

laberinto del hombre, en el fondo último de un corazón humillado y ofendido y que quizá sea quien inevitablemente nos juzgue, la medida suprema de toda cultura, la viviente realidad más allá de toda ley. Lo que constituye el infierno porque hubiera podido ser formulado Paraíso”.<sup>19</sup>

¿A qué alude Zambrano con tales símbolos? El del corazón humillado que reclama y en su reclamo juzga a quien le ha humillado, a quien le ha dado nombre de infierno y sin embargo es viviente realidad.

De inmediato nos remitimos a la sentencia zambraniana de que “nada de lo real ha de ser humillado”. Sentencia que alude justamente a todo lo que nos hemos estado refiriendo. Para Zambrano humillar quiere decir no haber tomado en cuenta lo que habita en los íferos. La operación fundamental de la razón racionalista radica en esta especie de humillación a lo que no reconoció y no le dio estatuto y posibilidad de conocimiento, lo relegó a los espacios de la irracionalidad y el resultado de ello es para Zambrano un inevitable reclamo, aquel que ya realizara fundamentalmente Nietzsche, aquel reclamo a la razón que se tradujo precisamente en una crisis de la razón, reclamo en el cual todo lo humillado reclamaba su lugar y más aún, reposicionaba el lugar de todo aquello que se había vanagloriado de su estatuto, de su valor, de su carácter de conocido y explicado. Reclamo que se convierte en cuestionamiento, operación que hace entrar en crisis el lugar seguro y estable de la razón que había juzgado y excluido, crisis a partir de la cual la razón puede reformular sus afanes, sus intenciones, hacerse realmente pensante.

“Porque pensar es para ella intentar concebir la experiencia íntegra, alumbrada, ensanchada, afirmando incluso lo excluido y lo que aún no llega a ser. Despejar las incógnitas y sostener los enigmas, en vez de multiplicar los espejos, las ilusiones y los consuelos [...] no es una alternativa al sistema, sino su pulso, su vibración, su creación como composición de razones [...].

M. Zambrano no discurre al filo de un pensar extremadamente fino que reúne con el mismo vigor el *logos* repartido por las entrañas y lo sagrado, lo abismal de todo corazón, el infierno que hay en el fondo de todo cielo. Es una pensadora apasionada, trágica [...] la razón se abisma. Y abismarse significa llegar a las raíces y al despojamiento, para despejar las

cosas, alumbrar su verdad y sostenerlas en su diferencia singular, es decir, “salvarlas”. La trascendencia es para ella “la transparencia de las entrañas”. A esa exigencia obedece su estilo, no a la pretensión de acariciar los oídos, entornar los ojos y adormecer [...] El pensamiento de M. Zambrano es parte de la historia del *logos*. Pertenece a la gran tradición filosófica, piensa desde ella. Despliega y reelabora las incitaciones de Aristóteles, Spinoza, Leibnitz, Nietzsche, Heidegger... pero reivindica también a los derrotados y marginados de la historia: los pitagóricos, Plotino..., como explica ejemplarmente en ‘La condenación aristotélica de los pitagóricos’ [...] critica la ceguera por deslumbramiento, el espejismo de la razón moderna convertida en espejo total, pero incapaz de «reafirmar la vida». Desde la «trágica historia» y el drama de la época moderna, intenta lograr una racionalidad capaz de ganarse a la vida y transformada [...] no se deja inscribir, en cambio, en una historia de filósofos y para filósofos, que olvide desdeñosamente todo lo demás, protegida por su narcisismo de descubrir con horror su propia degeneración y enclaustramiento”.<sup>20</sup>

Pues la razón es potencia creadora y como potencia, como fuerza, ya que ha podido sostenernos, puede entonces descender a los infiernos. Esa es, como hemos dicho, la tarea de la razón-poética zambraniana en tanto “saber del alma” y “razón reformada”.

## Notas

1. Esta aclaración sobre el texto de Zambra no aparece a pie de página en A.A.V.V., *Homenaje a María Zambrano*, México, El Colegio de México, 1998, p. 15.

2. M. Zambrano, “Un descenso a los infiernos”, en A.A.V.V., *Homenaje a María Zambrano*, *op. cit.*, p. 15.

3. *Ibid.*, p.16.

4. Cfr. básicamente F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, México, Alianza, 1995.

5. M. Zambrano, “Un descenso a los infiernos”, *op. cit.*, p. 16.

6. Cfr. el apartado “De la visión y el enigma” en F. Nietzsche, *Así hablo Zaratustra*, Alianza, Madrid, 1987.

7. M. Zambrano, *op. cit.*, p. 16-17.

8. *Ibid.*, p. 17

9. Sin supuestos previos en sentido teórico, lo cual no implica negar los supuestos

de carácter hermenéutico (tradicción en sentido gadameriano).

10. M. Zambrano, *op. cit.*, p. 18.

11. *Idem.*

12. Preguntémonos si no hay una buena dosis de religiosidad, por ejemplo, en los relatos del descenso a los infiernos de algunos de los poetas románticos como podría ser *Aurelia* o *Las quimeras* de Gérard de Nerval.

13. M. Zambrano, *op. cit.*, p. 18-19.

14. *Ibid.*, p. 19.

15. *Ibid.*, p. 20.

16. *Idem.*

17. *Ibid.*, p. 21.

18. *Idem.*

19. *Idem.*

20. E. Fernández, "La razón poética: la salvación de los ínferos", en T. Rocha (ed.), *María Zambrano: la razón poética o la filosofía*, Madrid, Tecnos, 2000, p. 110-111.